

vientre y las tripas como hubieron podido pisar en los lagares. No le quedó hueso sano. La cara se le hinchó cual si le hubiera picado un enjambre de abispos. Las mandíbulas se le resintieron á los puñetazos, y se le cayó un diente. Como los del bando neroriano apenas podían tenerse de pie, no contrastaron la defensa cual debían; cayeron en el suelo rotos y deshechos. No pudo volver por sí mismo; lo llevaron entre cuatro como un muerto al palatino. Montán solo al día siguiente supo que Nerón era el molido por sus manos en la triste aventura. Ocurriósele al infeliz lo peor que se le hubiera podido ocurrir: dirigirle al César una carta pidiéndole perdón. En la carta no podía menos que aparecer el apaleamiento, y el apaleamiento no podía menos que humillar al emperador. Éste preguntó lo que sigue, después de haber leído la misiva: «¿Cómo ese hombre sabe que ha dado de golpes á su emperador y todavía vive?» Cuando Montán supo la pregunta se partió de dos puñaladas el corazón.

Tras estas orgías, á la mañana siguiente, concluída la borrachera en sueño pesado y lleno de pesadillas, maltrecha y mal herida toda su persona en cuerpo y alma, el cuerpo á los palos y al hastío junto con hartazgo el alma, Nerón pensó en la necesidad que tenía de echar el ancla por alguna parte, si no había de zozobrar en las innumerables tormentas que desencadenaban á su paso los vicios de sus costumbres y los desórdenes de su vida. La imagen de Acté se le apareció como una estrella de la tarde allá en los arreboladísimos recuerdos de lo pasado, y la imagen de Popea se le apareció como una estrella del alba en las auroras de sus presentimientos y de sus deseos. Tendióles sus brazos á las dos imágenes, que recibían de la ilusión y de la esperanza una gran realidad y una forma verdadera en relieve, como si las tuviese al lado; aunque al relampagueo de sus encontradas pasiones le ardía la sangre cuando á Popea miraba en ardores sensuales, y se le apagaba, en cambio, si convertía los ojos á la ideal Acté, avivándose la dulce luz del alma. Combatido largo tiempo en estas alucinaciones por dos olas contrarias, ignoraba quién le arrastraba con mayor empuje; pero sabía que las dos, cada cual por su estilo y modo, le apartaban de los desórdenes en cuyas espirales había caído, y le conducían á un puerto donde con el amor único, aunque fuese tan

espiritual como el amor de Acté ó tan sensual como el amor de Popea, se le calmaban los sentidos sobreexcitados por las exaltaciones seguidas de agotamientos que traen los excesos del voluble y ligero placer. En estas soñaciones se apagó la imagen ideal de Acté por los horizontes del alma, como un amor sin esperanza,

después de lo sucedido en la última entrevista, y se le encendió con vivo incendio, como un cometa siniestro, el amor á Popea. No había más remedio que juntarse á ella y hacerla suya. Cuando cada paseo nocturno, movido del anhelo de huir al aire libre por la triste asfixia que sentía en los apartamentos imperiales de su palacio, le costaba con seguridad á honradísimos ciudadanos la vida y le ponía en trance



Othón (busto del Vaticano)

á él de arriesgar autoridad y nombre, ya era hora de que fijase Nerón su amor y viviera con una mujer amada que le preservara del enviciamiento en que había caído y le diese la calma indispensable á un hombre de su temple y á un emperador de su altura. Como diz que la letra entra con sangre, la previsión y el cálculo entráronle á Nerón tras la soberana paliza que le diera el senador ofendido, mostrándole cómo arriesgaba en devaneos la corona y se exponía, por entrar en tabernas, garitos, burdeles y zahurdas á salir del palacio, del trono, quizás del mundo. Así tras largo y detenido examen, decidió en Popea fijarse, unirse con Popea. Y

llamó á Tigelino, que inmediatamente se le presentó en persona.

— Acércate.

— ¿Qué hay?

— ¿Me lo preguntas?

— ¿Cómo va la salud?

— Mejor.

— Me alegro.

— Mas precisa cambiar de vida; porque si vamos así, tropezaremos una noche cualquiera con la muerte.

— Como dispongas, Nerón. Tus órdenes obedezco yo.

— Es necesario que Popea se resuelva por seguirme, pues allá en el interior escarabajéame una sospecha muy viva, la sospecha de que acaso, como tantas veces me has insinuado tú, háyase persuadido Othón á creerse un esposo de veras, en vez de esposo depositario, y lleguen á estimarse mutuamente los fingidos cónyuges, cual no hay costumbre que se quieran y estimen los verdaderos, y después de haber ido por lana yo, me vuelva trasquilado. Así has de tomar á tu cargo una comisión penosa, pero urgente. Vete á casa del falso matrimonio y llévate un grande y honroso nombramiento para Othón, gobernador de Lusitania, con la precisa cláusula de salir hoy mismo, dejando á Popea libre de pasar, en cuanto lo diga y ordene yo, al tálamo y al trono mío, que le pertenecen de derecho.

— Muy remolón habrá de andar tu camarada y amigo para irse; mas al fin se irá. Que había de prendarse á la postre del objeto de tu amor, bien podías presentirlo en tu corazón, sin tener necesidad alguna de averiguarlo en una sabida experiencia; pues al mismo Arístides, el justo por antonomasia, le hubieras puesto en tal coyuntura, y el mismo Arístides pecara con todas sus virtudes. No es hora de pararse ya en barras ni de hacer estas reflexiones: basta con que lo despidas, y así no tendrá más remedio que soltarte la dama y ponerse á tus mandatos en cobro, á fin de que no se vuelva el premio castigo.

— Sí, ve, y dile que se vaya pronto, en el mismo día de hoy; no sea que yo concluya por encelarme, y haga sin reservas, ni continencias, ni respetos, alguna barbaridad.

— Haré cuanto quieras y digas, pero no está en Othón el ma-

yor obstáculo; el mayor obstáculo está en Popea. Créeme, Nerón, á mí.

— Pues tiene gracia eso; después de tanta espera, pareceríame pesada burla que no se diese á partido y me tuviera, como á cualquier pobre y oscuro pretendiente mozo, entreteniéndome con promesas engañosas y dándome por toda satisfacción á un amor como el mío miradas ardientes y jacarillas voluptuosas. Eso no puede ser.

— Pero tampoco puede ser, Nerón, que Popea entre á compartir tu tálamo sin compartir tu trono. Y para compartir tu trono, yo, que á cada triquitraque la veo, debo decirte habrá de pedir un regalo de boda tan pingüe como el sacrificio de las personas interpuestas entre tu corazón y ella.

— ¿Aún quiere mayores holocaustos y sacrificios, cuando hele inmolado sin piedad á Británico, por quitarle obstáculos en el camino y decirle como estoy dispuesto á proceder con todos cual he procedido con mi hermano?

— Pues no le basta.

— Debía bastarle.

— Cuando me comisionas para verla y contarte luego lo con ella convenido y hablado, ¿qué debo decirte?, ¿lo dicho por ella en verdad, ó lo deseado por ti que diga? Contéstame bien y pronto.

— ¡Ah! Lo dicho por ella.

— Pues dice todo lo congruente con aquello que tú mismo referes hace la soberbia matrona en sus relaciones contigo. Por el corazón, hablando en plata, nunca se rendirá, Nerón, á tu amor; se rendirá por la corona. Y para la seguridad suya de poseer tarde ó temprano la corona, precisará que, amén de Británico, ya pasado en cuenta, le inmoles, bien ó mal de tu grado, á Octavia y Agripina. No hay otro remedio; no hay otra salida. Como me lo contaron, te lo cuento.

— ¡Cuáles abismos oculta el humano corazón! — dijo el emperador. — ¡Y cuán valerosas las mujeres! Malograda su madre, la más bella matrona de aquel tiempo, asesinada por celos de Mesalina, quien temía se apoderara de Claudio, ¿cómo juega con fuego ahora, exponiéndose á quemarse también?

— Con grande valor aparece. Mas templa un poco su mérito la seguridad natural de que no habrías tú de partir su corazón y sa-

crificarla, sin partir también el propio corazón tuyo y sacrificarte como ella en sacrificio quizás más penoso, pues tendrías que vivir después de haberla perdido.

— Pero, en fin, rodeados de los peligros que por todas partes amenazan, precisa no ponerse al borde obscuro del abismo. ¿Quién le responde á la temeraria de que Agripina, tan vigilante, no le tienda una red y la cace?

— Pues pocas tan recatadas. Por no deslumbrar, se tapa el rostro con velo espesísimo. Por no dar pábulo á las murmuraciones, se calla como una muerta. La virtud para ella no será un ejercicio continuo, pero será un ornamento más de su belleza. Como aspira en el culto de sí misma continuo á una serenidad perfecta de antigua estatua helénica, comienza por serenar su conciencia. La sensualidad no ha podido afearla, porque, sobria y casta, no se abrasa en el excesivo amor que devora y consume á otras mujeres. Su mayor goce es la posesión del poder. Y como en ti sea imposible separar del hombre al César, ¿qué más te da, puesto ya en vías de concesiones, un amor consagrado á quien eres, ó un amor consagrado á lo que vales? Con tal de que logre hacerte feliz, y habrá de lograrlo, impórtate bien poco que le salga de adentro el amor ó que lo finja con verdadero arte. Ella se debe creer una imagen de la Razón de Estado, cuando ve que para obtenerla te has metido en una conspiración y has armado un verdadero asedio.

— ¿Pues no había de hacer eso, cuando lo mandaba el más rudimentario instinto de propia conservación? Para indisponerse con mi madre hay que comenzar por matarla. No puede uno pisarla sin que le muerda el pie, y no puede mordernos sin transmitirnos su ponzoña. He ocultado cuanto me ha sido posible mis preferencias por Popea, no temeroso de que la mataran los celos, temeroso de que la matasen los desapoderados instintos de ambición y de poder que aquejan á mi madre. Así no habrá otro remedio más que desasirnos de nuestra madre. Veo la necesidad y me conformo, aunque con pena. He pasado por bien grandes amarguras. Heme visto traicionado por Othón, el cual no ha muerto á mis manos, ó por mi orden, gracias al temor que me inspiran los escándalos y al recelo de que tomase cartas en el asunto Agripina. Pero hame sucedido llamar al falso esposo de Popea, recordarle cara á cara el

pacto entre los dos convenido, pedirle su cumplimiento, conjurándole á conducirme al tálamo de aquella mujer, que es mía; se ha negado, no sólo aduciendo su carácter legal de consagrado marido, la resistencia de Popea, resuelta, según le ha dicho, á entrar en mi casa con todos los caracteres de la mujer legítima y de ningún modo con el vergonzoso grillo de una barraganería inaceptable. Y en vez de matar á Othón, aunque sus palabras me hirieron en el alma y exaltaron todas mis pasiones, le mando á uno de los mejores gobiernos, y lo destierro de Roma con todos los honores del triunfo, por apoderarme de su Popea.

— No bastará con que la separes de Othón; deberás hacer algo más. La fatalidad impone á tu corazón sacrificios enormes, si deseas conquistar á la mujer por quien ahora estás loco. Hay precisión de inmolar víctimas. Pide la inmolación de Agripina y de Octavia, porque la una seguramente abrirá el tálamo á su amor y la otra el trono á su ambición, en cuanto mueran. Pues no pueden morir las dos á un tiempo. Si la inmolación de Agripina le basta para entregarse á mí, yo le prometo que morirá mi madre. La desaparición de Octavia téngola por difícil, por imposible casi. No se arresta sino á temeridades tales como la muerte de Británico sin suscitar grandes odios. Y si á la muerte de Británico sumo ahora la muerte de Octavia, Senado, guarnición, pueblo se subvierten todos á una contra mí en subversión universal y me matan. ¡Imposible, imposible, imposible! Que se contente ahora con la muerte de mi madre, y aguarde á tiempos mejores y más propicios para que intentemos y consumemos la muerte de Octavia.

— Está bien, ¡oh Nerón! Tu plan será dicho por mí á Popea, y espero que será también inmediatamente aceptado por Popea, pues lo juzgo muy aceptable. Pero, después de cuanto ha sucedido, acelera el cumplimiento de la oferta. No puedes imaginar lo que Popea sufre. Miles de anuncios y delaciones le auguran un próximo terrible caso: la muerte por el puñal ó por el veneno, que tiene decretada en sus adentros Agripina. No extrañes, pues, que sin descanso viva y que tema verse por todas partes rodeada de implacables espías ó esbirros. Y no solamente me ha dicho que teme su muerte; aún teme algo más terrible y más espantoso que la muerte misma....

Y no se atrevió á proseguir Tigelino.

— ¿Cuál cosa teme?

— No me atrevo á decirla.

— Dila.

— No puedo.

— Dila.

— Nerón, mándame cualquier cosa menos que llegue á repetirte yo lo dicho á ese respecto por Popea.

— Dilo, y no me impacientes.

— Lo diré.

— Sea en buen hora: dilo.

— Que.... Perdona, no puedo.

— ¿Que mi madre quiere ser también mi esposa?

— Tú lo dijiste.

— Ahuyentemos del pensamiento esa idea y no volvamos á recordarla. Pero tendréla en cuenta para decretar el castigo que merece. Desde los comienzos de mis tentativas para el anudamiento de relaciones con Popea, hele hecho sentir á mi madre todo el peso de la cólera que despertaba en mi ánimo su oposición cruel á mis nuevos amores y su traidor protectorado á Octavia y á Británico. La he alejado del Palatino y del Palacio. Hela recluído en la casa célebre de Antonia, donde vive sin corte y sin cohorte. Cuando está en la campiña, le pongo el número de obstáculos posible para que á Roma no vuelva; y cuando vuelve, la espoleo para que se vaya. En el teatro se le dirigen sangrientos versos que yo inspiro. Los aficionados á litigar le ponen pleitos por un quítame allá esas pajas. La desacatan los hijos innumerables de sus víctimas. Escriben libelos contra su persona y los deajo. La insultan en el paseo y le cantan injuriosas canciones á la puerta de su palacio y en los setos de sus jardines; á nadie se ha castigado. De esto á la muerte no hay más que un paso, y lo daré, pero después que se haya Othón ido y que haya pasado yo tres días consecutivos con tres noches en casa de Popea.

— Los pasarás; yo te lo afirmo.

— Pues que llamen á Locusta.

El viborezno abrió las fauces y afilaba el áspid para picar á su madre, la víbora.



CAPITULO XIII

EN BAYAS

Nerón había visto huir á Lusitania, so capa de gobernador, al audaz propietario de Popea, y había pasado en compañía de ésta las horas nocturnas y diurnas que le dió la gana, bajo el propio techo de tan hermosa mujer. Así quedaba sereno su ánimo, y puesta por obra la realización de un deseo, á cuyos aguijonazos se había movido en larga temporada y desvelándose muchas noches continuas y seguidas. Pero nunca obtuviera semejante logro sin un pacto anterior con Popea, en el cual pacto, cumplidas las obligaciones de ésta, quedaban por cumplir las obligaciones suyas. Reducíanse á tres: primera, deshacerse de Agripina; segunda, desasirse de Octavia; última, casarse con Popea. Entre tales obligaciones había unas más cumplideras y otras menos cumplideras. El cumplimiento de la última dependía del cumplimiento de la segunda; pero imponíase por mil razones el retardo de ambas, al fin de arremeter con la primera y mayor, con la muerte y sacrificio de Agripina, intento de suma dificultad, aun dado el poder de Nerón, por la mucha fuerza que tenía en sí Agripina y la mucha influencia de que gozaba en el Estado y en el palacio. Mas las últimas insolencias lanzadas á los cortesanos, la pasión de Popea metida en africanos odios, el golpe de injurias asestado á Séneca, la ruptura con los pretorianos, la terrible idea del incesto, por tales modos habían perdido á la infeliz Agripina en concepto de su cachorro, que la senten-